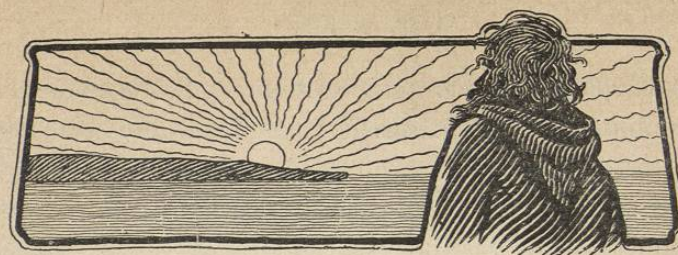


mente nos hubiera asfixiado, á no ser que uno de nosotros se despertó y apagó el crepitante aparato.

\*

Desde el mismo día que tomamos posesión de la choza, nos distribuimos, según acuerdo común, todos los trabajos equitativamente. Cada tres días tocaba el turno á cada uno, que sentado en el pasillo sobre el envase de verdura, comenzaba sus funciones de cocinero. Cuando el laborioso día de cocina había concluído, despojábase el guisandero de su mandil de arpillera y acostábase tranquilo con el pensamiento de que estaría dos días seguidos libre de servicio.

Sin embargo, la ociosidad no nos agradaba ni mucho menos. Al segundo día ya estábamos deseando á veces poder entrar de nuevo en funciones al lado de los calientes hornillos. De este modo conseguimos dar á nuestras faenas cierta variedad muy necesaria durante la vida invernal, que de todas maneras resultaba excesivamente monótona.



## CAPITULO XV

### *Medio invierno*

Marinero soy y he sido,  
pobre soy y lo seré,  
mi corazón de marino  
ama á una muchacha fiel.

**A** sí cantaba Grunden cuando era el cocinero de turno. Silencioso y circunspecto, salía de su saco de dormir, vistiéndose, y se iba á la cocina, donde comenzaba á preparar la lumbre en los hornillos de grasa. Mientras el hielo desmenuzando la noche anterior se derretía en la cacerola para hacer el café y el aceite de foca crepitaba en la sartén, Grunden seguía cantando á media voz. Mas ahora todo es silencio, no canta; á buen seguro que algún importante trabajo absorbe toda su atención. Medio dormido, arrebujaado dentro de mi caliente saco de dormir, escucho perezosamente los manejes del excelente muchacho.

Conocía de sobra, por experiencia, cuántas manipulaciones eran necesarias para preparar el almuerzo, y cada ruido, por insignificante que fuese, me revelaba lo que el cocinero de turno estaba haciendo. Cuando limpia



los hornillos, cuando quita con un trozo de madera el hollín de debajo de la sartén, cuando suelta los primeros trozos de carne sobre el hirviente aceite de foca. Después le oigo levantarse de su asiento y dar unos paseos pisando fuertemente para que sus adormecidos pies, insensibles de frío, entren en reacción.

¡Es tan desagradable dejar el lecho con aquel frío! Oyese silbar la tempestad por el tubo de la pequeña chimenea, y cuando soplan ráfagas de viento más fuertes, pasa por encima del tejado el ruidoso ciclón que azota la cabaña con una granizada de nieve endurecida.

Disfrútase entonces del seguro asilo que nos cobija, enterrados bajo la nieve, bien abrigados contra los embates del temporal. La parte más débil de la choza que el viento podría deteriorar es la del toldo, pero está ahora bien atado, y como ya resistió los efectos de tantos temporales, aguantará también hasta la conclusión el invierno.

Grunden se lleva la lámpara á la cocina para arreglarla; la llena de trocitos de grasa y la pone una nueva mecha. Vuelve con ella encendida y la pone sobre el cajón, que colocamos por las noches á la entrada y que durante el día nos sirve alternativamente de sofá ó de mesa de cocina, cuando, como aquel día, dos compañeros libres están aún sentados.

Duse se acaba de despertar y, sin movernos siquiera, nos damos los «buenos días». Procuro atisbar desde mi saco de dormir con cuidado, por miedo á que entre el aire frío.

La lámpara humeante de aceite no puede disipar la obscuridad de nuestra negra vivienda; las paredes sucias de hollín absorben toda la luz. Pero, en cambio, en el

techo resplandecen sobre el obscuro fondo infinidad de pequeños cristales de blanco hielo en forma de estrellas. Este improvisado firmamento nos da una idea aproximada de la temperatura que debe reinar fuera de la casa. Nuestro techo nos sirve así de resguardo y de barómetro: si amanece estrellado, á buen seguro que tenemos fuera un fuerte temporal de frío del sudoeste; si, en cambio, la techumbre y las paredes están por la mañana completamente negras como el hollín, que las cubre, soplará el viento del norte, y podemos afirmar que se aproxima el buen tiempo. Poco á poco desaparecen las pequeñas constelaciones de nuestra obscura prisión á medida que la lámpara de aceite y el fuego de la cocina va calentando el aire encerrado en la vivienda, que había bajado de temperatura durante la noche.

Grunden canta entonces alegremente, sentado de nuevo en su sitio ante los fogones y volviendo con sumo cuidado los trozos de carne en la sartén. Posee un variado repertorio de canciones, y lo mismo entona un alegre *couplet* de «Variétés» que una habanera aprendida en sus viajes por la costa de la Florida, ó alguna popular canción noruega que nos recordaba los días más felices de nuestra existencia.

Pero, cante lo que cante, siempre vuelve á repetir sus coplas de marinero, la del muchacho que naufragó en alta mar y se salvó haciendo una promesa, ó la del grumete engañado por su novia que se embarca para no volverla á ver y cuya conmovedora despedida es todo un poema expresado con la tosca sencillez de las trovas populares.

El bueno de Grunden es marino á toda prueba; ahora vuela su pensamiento muy lejos de la cabaña; no se



acuerda para nada de sus compañeros de desgracia ni de la vida que llevamos entre obscuridades y nieves, ahora sueña que navega en medio de un temporal furioso y ve con el pensamiento el viejo faro de Lindesnäs, mientras canta á media voz:

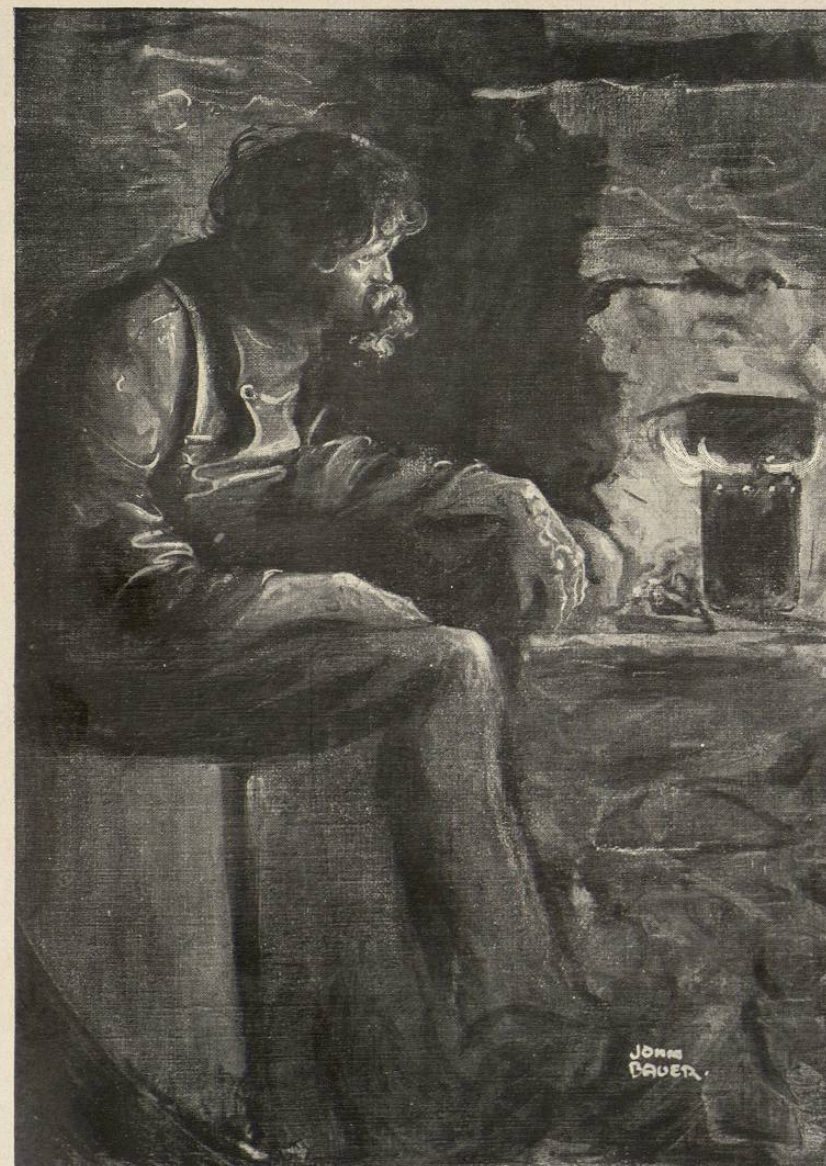
Nací en la vieja costa noruega  
donde mi buque gentil navega;  
toda mi dicha,  
todo mi anhelo,  
es volver á la vida  
de marinero.

Variadas, como su propia vida, son sus canciones. Sabe las de los días penosos, cuando la vida de la tripulación depende del hábil manejo de las bombas para desaguar el barco que se hunde; conoce las alegres y divertidas que describen las orgías del marinero en tierra, gastando hasta el último céntimo de su paga, y despertando de su calaverada á bordo de un buque extraño. Sabe amorosos cantares de blancas, negras y amarillas; mujeres de todas las razas figuran en su variado repertorio, que ha aprendido de compañeros ingleses, alemanes y americanos, cantando á veces para ganar algunos céntimos en los puertos de mar australianos.

Pero siempre es buen noruego, y á pesar de su instinto nómada, suele preferir las viejas canciones de la patria:

Mirando al mar del oeste,  
de Kölen junto á la falda,  
entre pinos gigantescos  
mi Kristiansand se levanta:  
allí se encuentra mi hogar,  
mis amores y mi patria...

Por fin, está lista la comida. Grunden entra en la sala, nos saluda dando los buenos días y se limpia las manos



Interior de la cocina.



grasientas de aceite de foca en la sucia lona de la tienda. En seguida prepara lo necesario para el almuerzo. Primero pone la mesa de comer, es decir, el cajón grande invertido en el sitio que queda vacante, después de quitar el saco de dormir que hay entre el de Duse y el mío. Luego aparece el servicio.

El blanco esmalte de las cacerolas brilla de un modo extraño, destacándose más sobre la negra suciedad de hollín y grasa que rezuma por todas partes. Cuando tomamos el caliente café queda en el borde de la taza una huella blanca producida por los labios. Este es, sin embargo, el estado de limpieza ordinario de las tazas, pues las fregamos solamente los domingos con nieve. Substituimos los platos para comer la carne frita con tres latas vacías de chuletas de cerdo, cuya forma aplanada era muy á propósito para este uso.

Puesto el tarro de mantequilla sobre la mesa, azucarado el café y repartida la carne frita, quedaba todo el servicio hecho.

Cada cual sacaba de su bolsa de pan el pedazo que consideraba suficiente para el almuerzo y no había más que pedir para dar trabajo á las mandíbulas. Acabábamos de comer, Duse y yo devolvíamos á Grunden nuestra «vajilla» y expresábamos invariablemente nuestro agradecimiento con un «Gracias, por la comida». Este contestaba entonces:

—No hay de qué darlas.

Esta sencilla fórmula de cortesía se cambió regularmente entre el cocinero de turno y los compañeros libres de servicio, después de cada comida, durante toda la invernada, y constituía, para nosotros, en medio de nuestra vida de semisalvajes, la frase ritual que nos hacía



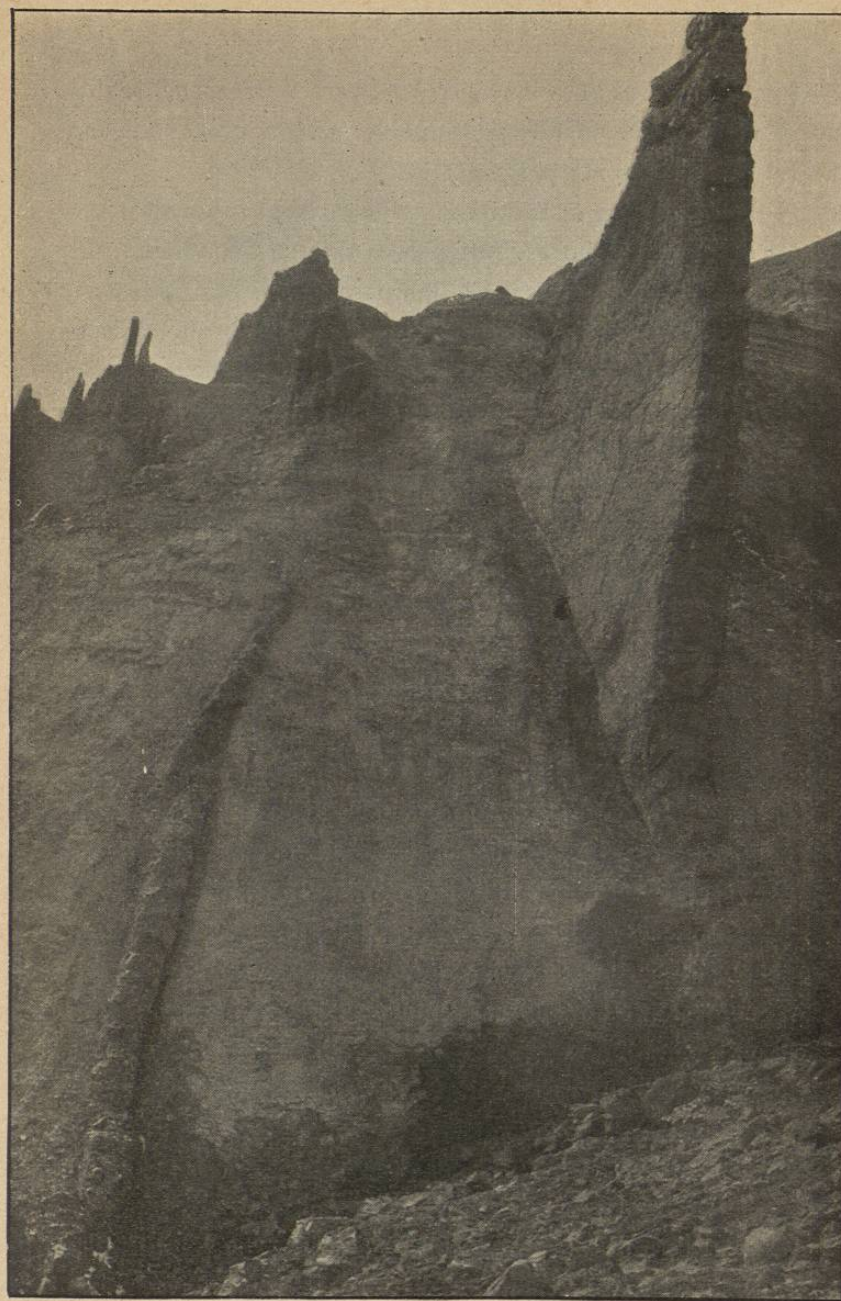
recordar, por decirlo así, nuestra condición de seres civilizados.

Cuando los temporales de nieve nos obligaron á quedarnos dentro de casa, los dos que estaban libres de servicio quedábanse á menudo metidos en los sacos de dormir. Conversábamos así durante horas enteras, dormíamos á ratos ó nos sentábamos sin sacar las piernas del saco ocupándonos en algún trabajo. Antes de comenzar el invierno, tuvimos que aplicarnos á una labor difícil para concluir nuestros zapatos de piel de foca, y después de San Juan era ya tiempo de comenzar los preparativos para el nuevo viaje en trineo.

Al comienzo de nuestra invernada, cuando hacíamos tres comidas diarias, estaban encendidos los hornillos de la comida durante todo el día, y el cocinero tenía que trabajar continuamente para conservar el fuego, colocando nuevos trozos de grasa, cortándolos, preparando beefsteaks de foca ó de pájaro bobo, friendo ó hirviendo viandas y disponiéndolo todo.

Más adelante, cuando, como ya he dicho, para ahorrar combustible nos conformamos con las dos comidas, estaban apagados los hornillos algunas horas durante el día, y el cocinero podía disfrutar de alguna libertad. De todas maneras, después de la última comida del día, le quedaba aún un rudo trabajo. Tenía entonces que derretir nieve para el agua del café, picar carne, cortar grasa, y en una palabra, arreglarlo todo para el almuerzo del día siguiente con objeto de que su sucesor no tuviera que levantarse muy temprano, pues el frío de la madrugada era intolerable hasta que se encendían los hornillos.

El último quehacer del cocinero por la noche, antes de concluir su importante tarea, era cortar y trenzar un



Columnas de basalto aisladas en nuestro lugar de invernada.



par de mechas para las lámparas, para entregarlas junto con la caja de fósforos al que le tocaba proseguir las mismas faenas el día siguiente.

Por la noche disfrutábamos los mejores momentos de las veinticuatro horas. Antes de acostarse Grunden en su saco de dormir, colocaba la lámpara en su sitio sobre el aparato de cocción. El aposento quedaba entonces casi en tinieblas, á excepción de una mancha grande y redonda que proyectaba la lámpara nocturna, esparciendo un reflejo vibrante en el suelo que ascendía por el agujero del aparato de cocción. Había allí algo del agradable crepúsculo en aquel lúgubre interior que despertaba los más vagos recuerdos y convidaba á soñar dentro del recinto, mientras la nieve iba cayendo alrededor de nuestra casa y la obscuridad invernal pasaba sobre la tierra en alas del más profundo silencio. A aquellas horas apreciábamos mejor las relativas comodidades de nuestro modesto hogar, donde un alegre fuego nos confortaba, mientras afuera, á través de la obscuridad invernal, soplabla la ventisca que, comparada con las pasadas borrascas nocturnas, no conseguía intimidarnos lo más mínimo.

Entonces llegaba nuestra hora mejor para conversar, procurando distraernos recíprocamente. A veces, Duse, nos entretenía con alguna explicación de tecnicismo militar, haciéndonos conocer los mecanismos modernos de los cañones, la construcción de fusiles automáticos suecos y otras muchas curiosidades, demostrando su preferencia por estos estudios de su carrera, á cuyas conferencias Grunden y yo atendíamos con marcado interés, aportando nuestros modestos conocimientos adquiridos durante el período de nuestro servicio militar. Los asuntos guerreros nos interesaban mucho, y tan pronto nos

encontrábamos en Colenso como en Sedán; el ideal marino de Grunden era Tordenskjold, y nosotros particularmente recordábamos con entusiasmo la historia de Psilander.

No dejábamos de hacer cálculos estratégicos sobre una guerra futura escandinava. El enemigo nos atacaba el fuerte de Boden, defendido por una división militar, y noruegos y suecos llegaban en nuestro auxilio desde Norland, mientras el pabellón de guerra noruego ondeaba en unión del sueco entre los escollos de Suecia.

Nuestros pensamientos vuelan, en fin, rápida y libremente en aquel desierto, y con la misma facilidad organizamos un ejército que conseguimos una victoria.

Otras noches, Grunden nos relataba su vida de marino, borrascosa y variada, pintándonos con los más vivos colores el naufragio del buque en que tripulaba allá en los mares del Norte, describiéndonos sus fatigas y quebrantos cuando transportaba pieles de foca sobre los trozos de hielo en el mar Glacial del Norte, recordando, en fin, sus alegres bailoteos con las muchachas en el hotel de mister Smith, «Duque de Wellington», cuando se detuvo su embarcación en un pequeño puerto de la costa de Australia.

También me tocó á mí el turno para contribuir al pasatiempo nocturno. Mi fuerte eran las conferencias zoológicas y geológicas.

No teníamos libros, y si queríamos alegrar la vista con algo impreso teníamos que sacar las pocas latas de conservas que aun nos quedaban: «leche condensada preparada por Enrique Nestlé», «legumbres», «asado de cerdo», leyendo las etiquetas, pero esta *lectura*, al cabo de un rato, resultaba de una monotonía inaudita.



Probamos substituir la falta de lecturas recordando lo que habíamos aprendido en circunstancias más felices que las actuales y recitándolo en alta voz. A menudo Duse y yo nos sentábamos vis á vis para repasar un romance titulado *Las epístolas del barbero*, ó para recordar los episodios más interesantes de *El Conde de Monte Cristo*.

Cuando se trataba de *Los tres mosqueteros*, Grunden expresaba su admiración por el ingenio y la valentía de Artagnan y la intrepidez de Porthos. Pero ninguno de nuestros héroes le cautivaba tanto como Carlsson en *Hemsöborna*, de Steindberg. Era un tipo arrancado tan fielmente de la vida, que acabó por ser su ídolo, y continuamente volvía sobre la historia del incomparable genio de Warmland.

No pocas veces, cuando estábamos conversando durante la velada, hacíamos toda suerte de conjeturas acerca de nuestro porvenir cuando saliésemos de aquel destierro. Cierta noche, Grunden y yo, sorprendimos un chistoso proyecto de Duse, quien, al regresar á su patria, pensaba casarse en seguida con una joven archimillonaria. Después, y esto se lo aconsejamos nosotros, debía mandar construir un magnífico yate de recreo, nombrando á Grunden capitán. A mí me obsequiaría con un viaje por el Mediterráneo.

A pesar de todos los esfuerzos por distraernos con las más variadas conversaciones y los más triviales recuerdos, que empleábamos á manera de ejercicio intelectual durante nuestra estancia en la lúgubre choza, no debe formarse el lector la idea errónea de que nuestra existencia se deslizara, bajo ese concepto, todo lo variada y distraída que deseáramos; desgraciadamente no era así.

La conversación, la broma, las peregrinas ocurrencias, eran como aislado oasis en un desierto de ideas, y nosotros mismos observamos con admiración cómo el pensamiento buscaba con obstinación nuevos campos donde esplayarse, refugiándose en los recuerdos más nimios. Duse y yo luchábamos cierto día por recordar el nombre de una linda señorita que habíamos conocido en Estocolmo: por fin, Duse lo recordó después de una semana. Durante largo tiempo me preocupó la imposibilidad de recordar el nombre del almirante español que fué vencido en la desastrosa batalla naval de Cavite, y en otra ocasión, después de largos esfuerzos, conseguí recordar con indecible alegría el nombre de la aldea de Upland, donde, poco tiempo antes de mi salida de Suecia, se descubrió una curiosa vivienda de la edad de piedra.

Mientras tanto, se nos hacían eternas las horas que no nos dedicábamos á algún menester durante el día, continuamente encerrados en nuestra vivienda. Pasaban más rápidos los días mientras estábamos entretenidos en cualquier trabajo, que allí se hacía de todo punto indispensable durante la dura lucha por la existencia. Bajo este punto de vista, era una ventaja para nosotros que estuviésemos desprovistos de las más sencillas herramientas. Para realizar algunos trabajos que con éstas se hubieran podido ejecutar pronto y con facilidad, necesitábamos días y semanas enteras. Teníamos tanta necesidad de entregarnos á cualquier ejercicio corporal, que, cuando durante los meses de mayo y junio, tuvimos necesidad de aumentar nuestra provisión doméstica de carne, nos apresuramos á salir de la casa para no entumecernos. Entonces nos encontramos con que las pieles de foca desengrasadas al empezar la invernada, estaban tan fuer-